

SER GITANO, SER MARGINAL EN UNA NOVELA PICARESCA DEL SIGLO XVII

Being from gipsy origin, being marginalised
in a picaresque novel of the XVII century

MIGUEL DONOSO RODRÍGUEZ

mdonosod@uc.cl

Pontificia Universidad Católica de Chile

En este artículo se aborda el tema de la presencia del mundo marginal en la novela picaresca del siglo XVII *Alonso, mozo de muchos amos* (1624-1626), del doctor Jerónimo de Alcalá Yáñez. Gitanos, conversos y moriscos conforman el mundo de la marginalidad en los Siglos de Oro y en esta novela podemos ver cómo el mundo gitanesco se construye no solo a partir de ciertos tópicos de la literatura áurea relacionados con esta etnia (gitanos como ladrones, embaucadores; gitanas adivinas), sino haciendo converger la mirada acusadora y condenatoria que manifiesta la sociedad de la época con el sentimiento de admiración y fascinación que le produce su peculiar modo de vida.

Palabras clave: novela picaresca del siglo XVII, mundo marginal, gitanos.

In this article the topic of the presence of the marginal world is approached in the picaresque novel of the XVII century *Alonso, mozo de muchos amos* (1624-1626), of the doctor Jerónimo de Alcalá Yáñez. Gypsies, converts and Moorish they conform the world of the marginalidad in the Centuries of Gold and in this novel we can see how the world gitanesco is not built alone starting from certain topics of the golden literature related with this ethnos (gypsies as thieves, cheaters; gypsies fortune-tellers), but making converge the accusing and condemnatory look that he/she manifests the society of the time with the feeling of admiration and fascination that it produces him/her its peculiar way of life.

Key words: the picaresque novel of the XVII century, marginal world, gypsies.

UN POCO DE HISTORIA

Es bien sabido que la ajetreada historia de la novela picaresca española se inicia en 1554 con la publicación del anónimo *Lazarillo de Tormes*, donde por primera vez se da voz a un individuo extraído de las capas más humildes de la sociedad de la época, el cual desfila junto a una serie de personajes-oficios satirizados. La culminación del género llegará con el *Guzmán de Alfarache* (1599-1604) de Mateo Alemán, libro que manifiesta la visión contrarreformista a través de

Fecha de recepción: 28 de junio 2006

Fecha de aceptación: 18 de agosto 2006

los ojos de un arrepentido pícaro condenado a galeras. Simultáneamente con la *Segunda parte del Guzmán* verá la luz ese verdadero arsenal conceptista que es la *Vida del Buscón don Pablos* (h. 1604) de Francisco de Quevedo y Villegas. Durante los siguientes decenios una legión de continuadores llevará la novela picaresca barroca a un irreversible proceso de desintegración o decadencia que, siendo bien generosos, culmina en 1668 con la aparición de *Periquillo el de las gallineras*, de Francisco Santos. Entre las obras más desconocidas del género –y no por eso menos interesantes– se cuenta *Alonso, mozo de muchos amos*, también conocida como *El donado hablador*, compuesta en dos partes, en 1624 y 1626, por el médico segoviano Jerónimo de Alcalá Yáñez.

ALONSO, MOZO DE MUCHOS AMOS: UN RETABLO DE FIGURILLAS

La novela nos introduce en la vida de Alonso, un pícaro moralizador –si se me permite tal contradicción–, o mejor dicho, un antipícaro, que cuenta su azarosa vida a un interlocutor en cada una de las dos partes de la obra. La estructura es, por tanto, dialogada, lo cual se convierte en una interesante innovación, si pensamos que por entonces el género se encontraba excesivamente desgastado debido al abuso en la utilización del relato autobiográfico en primera persona, iniciado en el *Lazarillo* y repasado una y otra vez en el *Guzmán*, el *Buscón* y en tantos otros títulos herederos de la tradición picaresca. Es dentro de esta narración autobiográfica, presentada en un marco dialogado, por tanto, que aparece lo que más nos interesa en el contexto de este trabajo: la impresionante galería de personajes y temas que el autor aborda en su novela, aspecto ya entrevisto en la diversidad de amos que son blanco de la sátira, sobre todo anticlerical, del pícaro de Tormes; se puede decir, por tanto, que en el *Alonso* nos encontramos ante un verdadero escaparate social de la época: por sus páginas deambula tal cantidad de amos (unos dieciocho en total), que el autor se puede aproximar cómodamente a una ingente cantidad de temas y personajes reconocibles del momento, según fueran los estamentos o grupos sociales a los cuales esos amos pertenecieran. Esto es posible gracias a que el autor convierte a Alonso en un hablador incontinente, rasgo facilitado por su observación constante y lúcida de todos los vicios y defectos que puede apreciar en la sociedad a la que pertenece. Como bien señalara el hispanista italiano Alberto del Monte, aunque la sátira es un rasgo característico del género picaresco, en el *Alonso* es una característica que se ve especialmente reforzada, ya que en esta obra:

es fácil reconocer la temática ya sancionada por una rica tradición de novelas incluidas en el género picaresco o inspiradas por el gusto picaresco: estudiantes, soldados, gitanos, cómicos, el magistrado deshonesto, el versificador de mala muerte, el tema de las Indias, el matrimonio por interés, el tema de la esclavitud en África. (137)

Cabe agregar que los personajes de nuestra novela presentan, en lo sustancial, los mismos problemas que plantea la casi totalidad de los personajes que desfilan por el género picaresco. Maxime Chevalier, gran conocedor de la materia tradicional y folclórica y de los tipos cómicos presentes en la literatura áurea, opina que estos personajes son verdaderos fantasmas que presentan carácter híbrido y le dejan al lector del siglo XX una impresión ambigua:

Por una parte, le aparecen como unos comparsas inconsistentes [...]. Estos personajes episódicos que pululan en las páginas de tanta novela, estos personajes que aparecen, dan unas vueltas y desaparecen, como títeres que son, no son personajes en el pleno sentido de la palabra, no son seres de carne y hueso. Y no porque nuestros novelistas, discípulos de Robbe-Grillet *avant la lettre*, hayan proclamado la muerte del héroe, sino porque no sintieron la necesidad de crear personas, o porque –no pequeemos de indulgentes– no tenían capacidad de crearlas. Estos tipos son puras sombras. El hecho, patente ya en el caso del ciego o del clérigo de *Lazarillo*, se evidencia cuando pasamos al mercedario o al buldero de la misma novela, a la galería de amos de *Guzmán*, al retablo de figurillas de *El Donado hablador*. (343)

Se trata, entonces, de un retablo de figurillas: no puede ser llamada de otra forma una novela donde los personajes se limitan a pasar velozmente ante los ojos de Alonso, en la medida en que este va cambiando de amos, en un proceso cíclico en que cada capítulo se inicia con la entrada al servicio de un amo, continúa con la observación y comentarios críticos acerca del mismo y culmina inevitablemente con el abandono del amo por parte del criado, o bien, el consabido despido. No hay, por tanto, tiempo para trazar un carácter con profundidad; pero es que tampoco nuestro autor tenía la libertad para hacerlo, ya que, con la casi sola excepción del amable retrato que hace del médico, la materia folclórica se le imponía por sí sola en la imaginación al elegir sus personajes: estos corresponden a modelos arquetípicos delineados por la tradición oral y los cuentos y chismes que acarrea la misma. Es exactamente lo que ocurre en el *Alonso*: unos personajes impuestos al novelista, por regla general, por la materia tradicional y folclórica (así los episodios de los estudiantes, soldados, sacristán, hidalgo pobre, mujeres y casadas, la justicia venal, los gitanos ladrones, el mal pintor, los moriscos, etc.), que se comportan tal y como la materia se los impone, sirviendo, además, al autor para ejemplificar sus reflexiones moralizadoras.

Y es que no bastan por sí solas novelas como el *Lazarillo* y el *Guzmán* para crear la sensación de realidad vivida que se desprende de la novela

picaresca como género; estas necesitan también de los humildes acólitos y émulos –como el *Alonso*– que contribuyeron a crear, con sus personajillos plasmados sobre unos tipos tradicionales, con las mil figurillas que forman la armazón de la decantada revista de estados y oficios, esa realidad que le es tan propia. “Realismo de segundo nivel”, lo llama Chevalier (544), pero que remite a una verdad literaria oral, verdad que tuvo larga vida y demostró perfecta eficacia, llamando la atención de los escritores de los siglos XIX y XX, a los que convenció de que la novela picaresca era legítima ascendiente del costumbrismo español. La tradición oral, como afirma el mismo estudioso, base de tantas ficciones literarias en la España de los Siglos de Oro, “encierra constantemente cierta forma de verismo” (345). No otra cosa poseen los refranes, y lo mismo podríamos afirmar de los cuentecillos folclóricos y tradicionales, donde detrás de tanta caricatura hay siempre una importante dosis de realidad.

Entre estos personajes y temas que se le imponen al autor del *Alonso* por la misma materia que trata hay, sin embargo, algunas ilustres excepciones, aunque no menos ejemplarizadoras que las anteriores: es el caso del tipo del médico (el cual recibe un tratamiento benévolo que en parte se explica por la profesión médica de nuestro autor), el de los comediantes, el de la viuda y los relacionados con algunos oficios manuales. Todos ellos presentan un fuerte tinte realista, que realza su interés. Tal como veremos, el hecho de que estos personajes, de la mano de Alcalá Yáñez, se salgan del molde tradicional o folclórico preestablecido hace que posean un atractivo adicional.

EL MUNDO MARGINAL DE LOS GITANOS: DEL TÓPICO A LA NOVEDAD

Los gitanos son personajes tópicos que habitualmente salen malparados en las novelas áureas y que configuran, junto a moriscos y conversos, el mundo marginal de los Siglos de Oro. Se trata, quizá, del pueblo nómada por antonomasia y su origen ignoto es bien conocido. Las investigaciones actuales indican que sus antepasados partieron de la provincia de Punjab, en el noreste de la India, hacia los siglos IX o X de nuestra era (es decir, hace ya más de mil años), huyendo como consecuencia de una invasión musulmana. La huida se transformó en éxodo a partir del siglo XIV, manteniendo su condición de apátridas y errantes desde entonces. De la India pasaron a Persia (hoy Irán), donde nuevamente fueron empujados por hunos, árabes y mongoles, estableciéndose en lo que se conoce como el Pequeño Egipto (Siria, Chipre y países próximos). Su asimilación en estos lugares fue tal, que incluso se les empezó a llamar *gypcians* en inglés y egipcianos en español, de donde derivan los actuales vocablos *gypsy* y gitano. Hoy, con una población mundial estimada en unos doce millones, diez de ellos

pueblan Europa, de los cuales unos ocho millones permanecen en Europa Oriental en condiciones bastante infrahumanas.

A España llegaron en el siglo XV, y a pesar de su escaso número¹ tuvieron un relieve social que en buena parte se explica por su carácter nómada y por la singularidad ostensible de sus formas de vida. Tanto las autoridades (a través de pragmáticas y memoriales² que intentan atajar la ola de problemas que su presencia en Castilla ha suscitado) como la sociedad de la época (su interés se manifiesta especialmente a través de la literatura)³ no fueron ajenos a la presencia de este pueblo. En los testimonios literarios en que aparecen los gitanos resulta notable ver cómo se mezcla la animadversión y la condena de este grupo con un profundo sentimiento de admiración por su forma de vida y costumbres, sentimiento del cual es tributario el texto que nos convoca, como veremos.

De toda la larga tipología de personajes que pululan por las páginas del *Alonso*, los gitanos son probablemente aquellos de los cuales el autor realiza una más completa y amena caracterización. Todo el extenso pasaje en que Alonso vive con ellos –nos situamos en la segunda parte de la novela, capítulos 1 y 2– se lee con interés y agrado. Resulta evidente en él un notable influjo de la obra de Cervantes, especialmente de sus *Novelas ejemplares*.⁴ Al leer el *Alonso*, no pueden dejar de venírseos a la cabeza los amables gitanos que pululan por las páginas de *La Gitanilla*, pero también recordamos otros que no lo son tanto, cuya impronta son el hurto y la estafa, tal como aparecen retratados en otras novelas cortas cervantinas como *La ilustre fregona* y el *Coloquio de los perros*. El tipo de ambiente en que Alcalá Yáñez los describe, bastante idealizado (aunque no deje por eso de tener ciertos tintes realistas, como ya adelanté), recuerda a ratos el de estas novelas de Cervantes.

Para la realización de esta semblanza gitanesca, a nosotros nos basta con el ojo crítico del propio *Alonso*, a través del cual nos focalizamos en la vida y en las costumbres de este pueblo marginado. A lo largo de tres meses el pícaro convive

¹ Hay que pensar que los gitanos arribaron a España, Francia e Italia hacia 1420. Está documentado que en el año 1600 en España “eran pocos”, y suponiendo que su población fuera creciendo durante los siglos XVI y XVII, en el censo de 1783 no sobrepasan los 10.000 individuos, suma que contrasta con las de la población conversa y morisca, inmensamente superior (Gutiérrez Nieto 991).

² Gutiérrez Nieto, 999-1009, trata el tema de la configuración del gitano como el “otro” y cita diversas instancias legales en que la autoridad intenta regular la convivencia social con los gitanos: así la *Pragmática de Medina* de 1499, dictada por los Reyes Católicos, y varias posteriores que la complementan durante el siglo XVI; también diversos *memoriales* de los arbitristas presentadas por las Cortes al rey durante los tres primeros decenios del siglo XVII (de Moncada, Salazar y Quiñones, entre otros).

³ Véanse especialmente los estudios sobre los gitanos de Leblon, 1982 y 1985, y en la parte que nos concierne, los de Herrero García, 1966, y Arco y Garay, 1951.

⁴ El tema de los gitanos en Cervantes ha sido estudiado por Laffranque, 1977.

con los gitanos, tiempo durante el cual evoluciona desde el susto inicial con que los describe al encontrarse con ellos (caminando Alonso un día tranquilamente por el monte, al volver la cabeza cuenta que “hálleme asido de dos hombres, no tan hermosos como flamencos o ingleses, sino amulatados, mal vestidos y de malos rostros. Dilos el bienvenidos, sabe Dios con qué ansia de mi corazón...” Alcalá Yañez 523), hasta pasar a sumarse sin más a sus tropelías, engaños y estafas, contagiado de forma determinista por su mala compañía:

no pudo dejar de pegárseme algo de sus agudezas y embustes, y no sé qué se tiene esto de una mala compañía, que, por la mayor parte, aunque uno sea virtuoso, amigo de hacer bien, cortés, bien criado y recogido, viendo en su compañero con quien comunica y trata de ordinario todas estas virtudes al contrario mudadas y contrapuestas [...] viene a degenerar de lo que antes era y pervertirse, de modo que parece otro, no habiendo quién le conozca: tanta es la fuerza de la mala compañía. (Alcalá Yañez 547-8)

Multitud de lugares comunes desfilan por estas páginas: los gitanos son, según ya anticipamos, “amulatados, mal vestidos y de malos rostros”; como Preciosa de *La Gitanilla* hablan “ceceando un poco” (ambas citas en Alcalá Yañez 523); son acaudillados por un *Conde*,⁵ del cual señala Alonso que era “persona a quien todos ellos respectaban y tenían por su juez y gobernador de aquella desconcertada república” (524), y viven asimismo en un aduar.⁶

Nuestro protagonista, prisionero y sin vestidos, debe hacer de tripas corazón e integrarse en el sistema de vida de los gitanos, sobre todo, ayudado por el característico ingenio del pícaro. Aprende rápidamente, como el que mejor, sus oficios: primero el de la herrería, ya que comienza con ellos a fabricar “barrenas, trébedes, cuchares y tenazas” (541), que luego salen a vender a los lugareños, oficio que ya apuntaba Cervantes como síntoma de la vagancia inveterada del gitano:

Ocúpanse [los gitanos], por dar color a su ociosidad, en labrar cosas de hierro, haciendo instrumentos con que facilitan sus hurtos; y así, los verás siempre traer a vender por las calles tenazas, barrenas, martillos; y ellas, trébedes y badiles (Cervantes, *Coloquio de los perros* 104).

⁵ Recuérdese a Maldonado, también *Conde de gitanos* en la comedia cervantina *Pedro de Urdemalas*.

⁶ Para el particular régimen de vida y formas de actividad de los gitanos, véase Gutiérrez Nieto 994-7.

También –¡cómo no!– aprende las tretas con que estafan a los aldeanos: por ejemplo, con los gitanos aprende las artimañas para “rejuvenecer” la edad de los jumentos que venden, “volviéndoles de ocho años a tres o cuatro” (548) gracias al limado y extracción de dientes viejos o el echar azogue (‘mercurio’) en sus oídos para hacerlos parecer más jóvenes y briosos.

Su fama de ladrones o rateros merece un comentario aparte. Es un verdadero tópico en la literatura áurea el aludir a sus hurtos y cuatreroismo, y no faltan testimonios de la creencia social en delitos más graves atribuidos a los gitanos tales como el robo de niños. Los “sayones”, como él les llama, especialmente las mujeres, se ensañan con Alonso al ser este apresado, sumando un despojo tras otro: el vestido, el calzado, los paños menores... Al llegar cautivo al aduar de los gitanos, cuenta Alonso que el *Conde*

me hizo desnudar hasta la camisa, dejándome como cuando salí del vientre de mi madre. Repartiose mi ropa entre los muchachos desnudos, y los pocos dineros entre todos [...] Ya verá vuesa merced cómo podía yo estar, hecho un segundo Adán y sin tener una hoja de higuera con que cubirme; repartidas mis pobres alhajas entre aquellos sayones [...] Yo, pues, sin maldecir ni poner excusa, di toda mi ropa hasta quedar en carnes: solo por la honestidad guardé una mantilleja que me solía servir a mis achaques de estómago y entonces la apliqué como paños menores (524-9).

No extraña, entonces, que un pícaro posterior, el más borracho y glotón pícaro que jamás se haya conocido, el protagonista de la anónima *La vida y hechos de Estebanillo González* (1646), padezca la misma desnudez a manos de los gitanos, en un pasaje que denota claramente la influencia del *Alonso*:

recibieronme con el mayor agrado que se puede significar, y compadecidas las taimadas gitanas de verme de la suerte que estaba [...], me empezaron a desplumar como a corneja a título de enjugar en su gran lumbre mi muy mojada ropa [...]; y aunque me quise escusar de dársela, por hacer su robo con rebozo de tenerme compasión me dejaron en pelota, dándome para cubrir mis desnudas carnes una capa vieja de un gitano mozo. (*La vida y hechos de Estebanillo...* 191).

Lo mismo ocurre con la comida de que se abastecen los gitanos, por supuesto proveniente del hurto cuatrero. En la primera cena en que participa Alonso con sus

captore, ve cómo los gitanos asan al fuego la dura carne de una cabra “hurtada, según su costumbre, del hato de unos pastores que cerca de allí estaban” (533). Y es dato que corrobora más adelante, cuando reconoce sin aspavientos que

algunos de los compañeros acudían a los lugares a traer pan, queso, tocino, carne de macho por el dinero, y muchas veces sin blanca, pues, en descuidándose alguna gallina, ganso, ternera o lechón, aunque pesase cinco o seis arrobas, era todo de mostrenco... (542)

Gitanos y ladrones, pero no regodeones, al fin y al cabo, porque “comían de su cabra o cabrón como si fuera de una bien manida y gruesa gallina, y de cuando en cuando empinaban un cántaro de agua, porque vino no se usaba en aquella compañía ni debía de llegar a tanto el gasto” (534). Ni la ropa de los campesinos se libra de la rapiña gitanesca: “A vuelta de cabeza les hurtaban cuanto querían: ya el lienzo, ya las sayas de sus mujeres, lino o, por lo menos, alguna manta o sábana de la cama” (543). No extraña, entonces, que al aparecer los gitanos los aldeanos se cuiden las espaldas unos a otros con estas palabras: “¡Guarda el gitano! ¡Cierra tu casa! ¡Recoge esos pollos, que viene el milano!” (542).

Seamos justos: hurtar no es gratuito, y el delito siempre se termina pagando. Es lo que concluye el avisado Alonso cuando explica que, como consecuencia de sus hurtos y latrocinios, los gitanos nunca mueren de causas naturales, sino por medios violentos, normalmente por la vía del ajusticiamiento: “Esta gente *non sancta* muere en la horca lo más ordinario, y cuando de allí escapa es su sepultura la mar, por haber traído por su habitación y morada las galeras” (537-8); y claro, por eso no resulta extraño que Alonso diga que el mar no lo conocen “sino cuando los echan a galeras” (544).⁷ La excepción viene a confirmar la regla: un gitano viejo del aduar, que fallece de muerte natural y del cual nuestro protagonista aprovecha sus vestidos, es, según Alonso, “el primero que dio principio a morir naturalmente” (537). Incluso el autor no excluye el supuesto carácter criminal de los gitanos, ya que entre ellos no falta quien sugiere inicialmente la idea de dar muerte al cautivo Alonso.

⁷ De hecho, ya en la Pragmática de Medina de 1499 se señalaba que aquellos gitanos que en un plazo de 60 días no vivieran de “oficios conocidos”, fijaran sus residencias en lugares conocidos o se pusieran al servicio de alguien, y por consiguiente dejaran de andar “juntos vagando por estos nuestros reinos”, debían salir del reino, salvo pena de azotes y destierro por primera vez, y, si fueran reincidentes, se les cortaran las orejas y fueran desterrados, y en caso de nueva reincidencia, fueran hechos esclavos. En 1539, en pleno reinado de Carlos V, se dictó otra pragmática por la cual la pena para los que infringieran la Pragmática de Medina era de seis años en galeras si los gitanos condenados tenían entre 20 y 50 años, pena que, al parecer, fue bien aprovechada por Felipe II en 1575 (véase Gutiérrez Nieto 1002).

Para acentuar este carácter negativo con que se describe al pueblo gitano, los hurtos se mezclan también con la adivinación. El tema posee un ingrediente adicional que hace más atractivo su estudio: el olvido en que la Inquisición tuvo, durante los siglos XVI y XVII, a los gitanos, “a pesar de las prácticas hechiceras y adivinatorias de la mujer gitana y de la fama de impiedad de este pueblo” (Gutiérrez Nieto 997). ¿Por qué no se persiguió con más ahínco a las gitanas, de las cuales pendía, como si se tratara de un cartel, esta fama de adivinatoras y hechiceras? Varios factores parecen explicar este fenómeno: en primer lugar, el desinterés de los inquisidores se debería a la escasa entidad social de los gitanos (tema ya esbozado previamente), que, entre otras razones, carecían de bienes confiscables; además, se estimaba que en ellos “no había intencionalidad, ya que las propias gitanas hablaban de sus prácticas como ‘cosas de gitanas’” (Gutiérrez Nieto 997) y era un hecho que no creían en sus propias prácticas adivinatorias. Por esto, no resulta extraño que en los pocos procesos seguidos a gitanos por el Santo Oficio las condenas se limitaran a simples amonestaciones. El autor del *Alonso*, de alguna manera, se hace eco de estos problemas e intenta abordar reflexivamente el tema de la veracidad de los conocimientos de los gitanos en materias de adivinación. Alonso señala que las gitanas buscan “a las mozas para decirlas la buenaventura y a los mozos la buena suerte”, lo que aprovecha para reírse de la “simplicidad de aquellos bárbaros [...] pues daban crédito a tantas liviandades y fingidas razones” (543). Y ante una pregunta de su interlocutor acerca del saber astrológico de las gitanas, Alonso niega cualquier virtud en ellas: “¿Qué ventura puede dar la que siempre anda corrida, sin sosiego ni descanso alguno? ¿La que no sabe su suerte ni las cárceles en que por la mayor parte y de ordinario vienen a parar?” (543). Un ejemplo acabado de estos fraudes es el engaño que un grupo de gitanas hace a una viuda rica en una aldea, despojándola, a cambio de un supuesto tesoro escondido, de todas sus joyas y dineros. El tema de la adivinación da pie a Alonso para intentar demostrar la falacia que se oculta tras los supuestos conocimientos astrológicos y adivinatorios de los gitanos, como se ve.

También llaman poderosamente nuestra atención sus ritos funerarios, los cuales apuntan a un sincretismo que debía resultar, como bien señala Gutiérrez Nieto, desconcertante para los españoles de 1600. En el pasaje –mencionado antes– de la muerte y enterramiento del gitano viejo la simbiosis religiosa es evidente, ya que, junto a creencias animistas (ofrenda de panes y monedas dadas al difunto para su viaje al otro mundo), se añade la invocación a santos cristianos (su patrono es San Juan Bautista) y la idea de culpa y perdón:

Dos mozos hicieron un gran hoyo o sepultura donde dejaron metido, aunque descubierta, el cuerpo del difunto, echando con él algunos panes y poca moneda, como si para el camino del otro mundo lo hubiera

menester. Luego, de dos en dos iban las gitanas, tendidos sus cabellos, arañando su rostro, y la que más ensangrentada sacaba las uñas a su parecer cumplía mejor con su oficio. A la postre iban los hombres, llamando a los santos y principalmente al divino Bautista, con quien ellos tienen particular devoción, pidiéndole a gritos, como si fuera sordo, que socorriese al difunto y le alcanzase perdón de sus culpas. (538)

El espectáculo, concluye Alonso, era “en parte para lastimarse y por otra de mucha risa, viendo tan locas ceremonias y bárbaros ritos tan guardados en semejantes ocasiones”. (538)

En cuanto al tema de la errancia gitanesca, la vida nómada de los gitanos comienza en la misma cuna, de forma tal que les es imposible escapar de este círculo vicioso marginal: “Criados en un monte, [...] tienden más a buscar de comer que a estudios ni a ejercicios de letras” (544), y por eso no logran emerger de su precario estado. La errancia es, para Alcalá Yáñez, esencial en la vida gitanesca y, por cierto, sinónimo de vida sana al aire libre, lo cual implica, en primer lugar, dormir a la intemperie: “Era ya más de medianoche cuando los compañeros se comenzaron a recoger, dellos arrimados a unos pinos y otros sobre un poquillo de hato que allí tenían” (535-6); y por lo demás un perfecto descanso, ya que

del modo que si durmieran entre algodón y cubiertos con finísimas mantas no les pudiera durar más el sueño. Providencia divina que, con no dejar poco o mucho de llover más de once horas y estar todos sin cosa que pudiese darles algún amparo y defensa contra la inclemencia del frío, como si estuvieran en camas de campo así estuvieron con tanta quietud y sosiego. Verdad es que la costumbre en ellos ha hecho naturaleza, y sacarlos de semejante trato de vivir era quitarles la vida. (536)

Está presente en la novela, entonces, un cierto tono general de alabanza de la vida natural y salvaje, que recuerda, indudablemente, los tópicos propios de la novela pastoril, resaltando la capacidad de los gitanos para adaptarse a medios adversos, lo cual hace a Alonso reflexionar mientras los ve comer:

Mirábamelos yo y alababa al Señor viendo que lo que yo no podía comer era tan sabroso y agradable para aquella pobre gente, y que no echaban [de] menos los

regalados manjares de los palacios de los monarcas y príncipes del mundo. Demás que con ser aquella una comida tan grosera, y a tal hora, y la bebida no vino sino agua salobre, desabrida, bastante tal sustento para que el más robusto animal reventase, así los viejos como las mujeres y niños estaban fuertes, con unas colores de rostro y vigor con todas sus acciones como si verdaderamente estuvieran de ordinario mirando por su salud con particular vigilancia y cuidado. (534-5)

Por contraste, Alonso lamenta el desaprovechamiento de los mozos gitanos, todos ellos

de una fuerza y ligereza increíble, inclinados sólo al ejercicio de la herrería [...] pudiendo arrastrar una pica en Flandes y asaltar al más torreado castillo de enemigos de guerra, siendo su vida una campal batalla: corridos, acosados, sin haber lugar que los quiera admitir ni ciudad que no los aborrezca. (554-5)

Para finalizar, menciono algunas curiosidades, señaladas por Alonso, indicativas de la precaria existencia de este pueblo vagabundo, en las que de nuevo se manifiesta el sentimiento de admiración antes apuntado. Es especialmente interesante su comentario acerca de los partos de las gitanas:

en pariendo alguna gitana tomaba la criatura y en la más cercana fuente la lavaba de pies a cabeza, dejándola más limpia y pura que la misma nieve, no reparando en si hacía frío ni calor, ni la madre en meterse en el agua acabando de parir. (554)

También llaman la atención del lector los nombres de los niños gitanos, a los que siempre se llama con diminutivos como Antoñito, Periquito y Andrecito, nombres que resulta inevitable asociar con los de algunos cantaores y bailaores de flamenco actuales.

CONCLUSIONES

En resumen, el autor efectúa una descripción del mundo gitano –mundo marginal por excelencia en los Siglos de Oro– que, sin abandonar viejos y conocidos tópicos en relación con este pueblo, relativos fundamentalmente a su fama de embusteros, ladrones y adivinos o astrólogos, aporta, sin duda, una visión algo

más humana, al alabarlos por las difíciles condiciones en que su vida se desenvuelve. Todo ello, a pesar de la penosa situación de cautiverio que nuestro protagonista Alonso padece en sus manos. No hay que olvidar que el propio Cervantes deambula en su obra entre la visión idealista e idílica del mundo gitano presente en *La Gitanilla*, y la más dura y acusadora que muestra en otras novelas ejemplares como *La ilustre fregona* y *El coloquio de los perros*. Es lo que ocurre, sin ir más lejos, en *Alonso, mozo de muchos amos*.

BIBLIOGRAFÍA

- Alcalá Yáñez, J. de. *Alonso, mozo de muchos amos (Primera y Segunda parte)*, ed. Miguel Donoso. Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2005.
- Anónimo. *La vida y hechos de Estebanillo González*, ed. A. Carreira y J. A. Cid. 2 vols. Madrid: Cátedra, 1990.
- Arco y Garay, R. del. *La sociedad española en las obras de Cervantes*. Madrid: Patronato del IV Centenario del nacimiento de Cervantes, 1951.
- Cervantes, M. de. *El casamiento engañoso y El coloquio de los perros*, ed. F. Sevilla y A. Rey Hazas. Madrid: Alianza, 1997.
- Chevalier, Máxime. “De los cuentos tradicionales a la novela picaresca”. *La picaresca: orígenes, textos y estructuras* (Actas del I Congreso Internacional sobre la Novela Picaresca organizado por el Patronato “Arcipreste de Hita”, Manuel Criado del Val, director). Madrid: Fundación Universitaria Española, 1979. 335-45.
- Gutiérrez Nieto, J. I. “Inquisición y culturas marginadas: conversos, moriscos y gitanos”. *Historia de la cultura española: El siglo del Quijote (1580-1680). Volumen I: Religión, Filosofía, Ciencia*. Coord. R. Menéndez Pidal. Madrid: Espasa, 1996.
- Herrero García, M. *Ideas de los españoles del siglo XVII*. Madrid: Gredos, 1966.
- Laffranque, M. “Encuentro y coexistencia de dos sociedades en el Siglo de Oro: *La Gitanilla* de Miguel de Cervantes”. *Actas del 5º Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, vol. 2. Burdeos: 1977. 549-61.
- Leblon, B. *Les gitans dans la littérature espagnole*. Toulouse: Institut d’Études Hispaniques et Hispano-Américaines/ Université de Toulouse-Le Mirail, 1982.
- *Les gitans d’Espagne: le prix de la différence*. Paris: Presses Universitaires de France, 1985.
- Monte, Alberto del. *Itinerario de la novela picaresca española*. Trad. E. Sordo. Barcelona: Lumen, 1971.